

¡Llegaron!

Fernando Vallejo



En las afueras de Medellín, a mitad de camino entre los pueblos de Envigado y Sabaneta y entre naranjos y limoneros, en la falda de una montaña se alzaba la finca de la infancia, Santa Anita, mirando hacia la carretera. Desde su corredor delantero los abuelos los veían venir. «¡Llegaron!», decían aterrados cuando en la primera curva aparecía el Fordcito atestado, como si fueran la plaga de la langosta. No. A Santa Anita no la tumbaron ellos, el narrador y sus hermanos: la tumbó el derrumbe de la montaña en que se alzaba, que en una temporada de lluvias se vino abajo y se la llevó. Hoy que el narrador tiene la edad de los abuelos, al recordar, los días turbios del presente se tiñen de un color azul.

¡Llegaron!

Fernando Vallejo

a *David Antón*

«¡Llegaron!», le dijo mi tía abuela Elenita a mi abuela con zozobra no bien nos vio subiendo en el Fordcito por la carretera de entrada a Santa Anita. «Aj, aj, aj, aj, aj», iba diciendo el carrito ahogándose en la subida.

—¿Es que era un carro viejo?

—Viejo no. Es que los carros de entonces eran lentos, no como los de hoy día. Lo más que daba el Fordcito eran setenta kilómetros por hora, en plano. En bajada más, claro, y en caída libre, pero en caída libre va igual de rápido un Fordcito que una piedra.

—Una tortuga pues, su Fordcito.

—Tanto como una tortuga no, aunque tampoco una liebre. Los ocho kilómetros entre Medellín y Santa Anita los hacíamos en digamos dos o tres o cuatro horas.

—¿Dos o tres o cuatro horas para ocho kilómetros? Entonces ustedes estaban jodidos.

—¿Jodidos con carro? Jodido el resto de Medellín que iba a pie. En Medellín habría treinta carros en total. Pongámosle treinta y uno con el nuestro.

—Entonces Medellín no era una ciudad, era un pueblo.

—No... Sí era una ciudad. Lo que pasa es que entonces las ciudades eran pueblos. Pueblos grandes.

—¡Qué aburrición!

—Nada de aburrición. Mucha parranda, mucha fiesta. Parranda sana, con poco muerto, solo los necesarios, dos o tres o cuatro para que la fiesta fuera un éxito.

Las calles vacías, las carreteras vacías, el campo de aviación vacío... Las iglesias llenas, la morgue llena. Arrancábamos y ¡zuas!, nos íbamos como una saeta. O mejor dicho como una culebra porque era una carretera curvosa. ¡Qué curverío, por Dios, íbamos de curva en curva culebreando! Los más pequeños se mareaban y se vomitaban en el Fordcito.

—¿Mareo en carretera? ¡Ustedes sí están locos! Mareo es en el mar.

—Bueno, si no le gusta, llámelo «carretero»: se vomitaban por el carretero y dejaban el Fordcito hecho un asco. ¡Pero qué importa! Éramos felices y eso basta. El hombre nació para la felicidad. Otra cosa es que no la logre. En tanto, le vamos haciendo la lucha.

«¡Raquel, llegaron, ya vienen por el carbonero!», le dijo mi tía abuela Elenita aterrada a mi abuela cuando nos vio llegando al carbonero.

El carbonero era un árbol que producía, amén de hojas, gusanos como borlas amarillas. Al que los tocara le daba fiebre. Un día cogí una de esas borlas pensando que era de oro y no, era un gusano engañoso y casi me muero. A los cinco años muerto, ¡qué horror!, ¿se imagina usted? ¡Cuarenta y cinco de fiebre! Pero sobreviví. Por eso voy aquí junto a usted matando el tiempo contándole. El tiempo es una saeta, y la vida un raudo vuelo. A ver si este avión no se cae. Toco madera.

«¡Raquel, ya vienen por las dos palmas!», anunció Elenita y se le cortó la respiración.

El carbonero daba sombra, las palmas nada, ni siquiera cocos porque eran unas palmas perezosas, haraganas, costeñas, como los costeños de la costa colombiana, que no trabajan. «Un árbol que no da nada, ni fruto ni sombra, hay que tumbarlo», dijo Lía por decir, y ya les contaré qué hicimos con las palmas: a escondidas las cortamos con un serrucho y cayeron sobre el techo de Santa Anita y se llevaron media casa: el cuarto de Elenita, el de la abuela y el abuelo, el comedor... Los tres quedaron durmiendo a la intemperie.

—¿Y Lía quién era?

—Pues mi mamá, ¡quién más iba a ser, la hija de Raquel!

—¿Y ustedes?

—Pues los que llegamos, ¡quiénes más íbamos a ser, los nietos!

Éramos el tifón, el huracán, el tornado, y habíamos llegado a destruir. Lo que estaba bien lo dañábamos, lo que estaba mal lo empeorábamos y lo que estaba aquí lo poníamos allá. Gato que aparecía, gato que perseguíamos con los perros detrás siguiéndonos ladrando. Nos amaban. A cuanto perro tuvo, mi abuela lo llamó «Capitán»; y a cuanto perra tuvo la llamó «Catusa». Se le moría un Capitán, y lo remplazaba por otro; se le moría una Catusa, y la remplazaba por otra. Se le murió al año y medio su primer hijo, Argemiro, y lo remplazó de inmediato por otro Argemiro. Se le murió su tercer hijo, Iván, al año y medio, y lo remplazó de inmediato por otro Iván. A mi mamá no la tuvo que remplazar porque era irremplazable. ¡Ah, qué mujer! Única. De éstas no se dan dos por más que rueden los mundos. Da para un libro. Tengo entendido que nació después del segundo Argemiro y antes del primer Iván, si no es que antes del segundo, pero a estas alturas del partido nada puedo asegurar y ya no queda a quién preguntarle. ¡Cuánto hace que se me murieron todos y que los anoté en mi *Libreta de los muertos*!

Cosa segura, eso sí, es que el último de los hijos de mi abuela fue Ovidio, mi tío sabio, el que nos acompañó en la niñez a modo de tutor habida cuenta que mi papá andaba en la política (que es más adictiva que la plata, que el sexo y que el crack), y que mi mamá vivía en las nubes (pero no en la de Apple, ¿eh?, que es muy reciente), de las que bajaba con intermitencias para tener otro hijo o ponerse a tocar en el piano el «Carnaval de Venecia», que nunca se aprendió. Dejémosla por lo pronto ahí, en el piano, que siga en su entrenamiento dándole y dándole, y volvamos a su hermano Ovidio, nuestro tutor.

Todo lo sabía Ovidio. Todo, todo, todo. Desde el gordo Capeto hasta el cantante Gardel. Más veinte lenguas, entre vivas y muertas, que hablaba o leía como si tal. Una enciclopedia viviente pues. Una Wikipedia para que me entiendan, ustedes que son de la era del Internet. También se les

pasará su era, ¿eh?, no se sientan tan seguros. ¡O qué! ¿Llegaron para quedarse? Para morir llegaron e irse, pavesas, y para desaparecer sin dejar rastro. Si algo queda de ustedes, digamos el esqueleto fosilizado en unas rocas y lo encuentra un paleontólogo del futuro, dense por bien servidos. Bueno, ¿de qué les estaba hablando?

—De Ovidio.

—Ah, sí, de Ovidio. Hablaba en veinte lenguas, y cuando tomaba la palabra en español no la soltaba. Hablaba, hablaba, hablaba. Murió de un cáncer en las cuerdas vocales que lo sumió en la oscuridad del silencio. «*Non loquor* —le ordenó la Parca—. No hables», y lo dejó políglotamente mudo. No pudo volver a articular palabra. Ni en la lengua de Cervantes, ni en la de Dante, ni en la de Shakespeare, ni en la de Harún al-Rashid.

—Su Ovidio sabía pues más lenguas que Borges.

—Amigo mío, Borges no era políglota: era ciego. No sabía latín, ni griego, ni árabe, ni hebreo, ni persa, ni sánscrito, pero en todo se metía, eso sí, ¡eh ave María!

La vida es un raudo vuelo que va rumbo a ninguna parte. Vivos o muertos, seguimos en el planeta girando con él en su traslaticia errancia. No salimos al espacio exterior a rotar por cuenta propia y a darnos un baño de estrellas, no. Somos hijos dependientes de la madre Tierra, que nos arrastra en su rotación doble ciega sobre su eje y en torno al Sol, y nos retiene sobre su superficie, cosa que compruebo una y otra vez cada que doy un paso. ¡Ah, cómo me cuestan! ¡Cuánto esfuerzo para desplazarme, aun en plano! O cuando levanto la copa que me llevo al gazzate sediento: me pesa. Y los pies me pesan. Al cumplir los cincuenta, el meridiano, reflexionando en el Greenwich Village de Nueva York sobre el confuso Newton descubrí qué me impide alzar el vuelo: la Tierra, este condenado planeta con su gravedad, con su maldad. ¡Maldita Tierra! ¡Maldita seas!

Pero bueno, pueblo grande o ciudad chica Medellín tenía cuando nací trescientos mil habitantes. Pongámosle

doscientos mil, para que no digan que exagero. Hoy pasa de los tres millones, que dan guerra por diez. Va a ver usted lo que es bueno cuando llegue y se meta en sus embotelladas calles y le zumbe, rozándole los flancos, un enjambre de motos envenenadas. Ténganse fino.

—¿Qué quiere decir «ténganse fino»?

—Ah, yo no sé, así dicen allá.

—¿Es como una advertencia?

—Exacto, una advertencia. Se lo explico con un ejemplo. ¿Se zarandea este avión, se va a caer? Téngase fino.

—Ni lo quiera Dios.

—¡Quién sabe! Él a veces sí quiere. ¿O por qué cree que se caen los aviones, aparte de la gravedad? Porque Él quiere.

Del valle en que se asentaba, Medellín solo ocupaba una mínima parte. Por pastizales idílicos de que eran dueñas las vacas corría el río de su nombre, el Medellín, alegre, limpio, diáfano. La Arcadia pues. Primero llenaron el valle de casas. Luego llenaron las montañas circundantes. Y hoy andan tumbando las casas para construir en sus lotes edificios, cada vez más altos, más altos, pero cada vez más chicos, más chicos sus apartamentos, ¡eh ave María! Chiquitiquiticos. Y atestados. Tumban para construir y construyen para tumbar. ¡Y qué importa, qué dicha! La vida es para llenarla. Si no, es un balón vacío. En cuanto al río, lo convirtieron en un desagadero de cloacas: la cloaca Medellín, que arrastra en sus turbias aguas, amén de excremento humano, vasitos de icopor, ácido sulfúrico, condones, embriones, fetos... A los gallinazos que acuatizan sobre sus negras ondas a ver qué pescan les da fiebre tifoidea, no logran volver a alzar el vuelo, caen desvanecidos y la corriente se los lleva rumbo al mar.

—¿Gallinazos son los zopilotes de México?

—Exacto. Los buitres, el *vultur* latino. Negros, relucientes, hermosos. No me canso de ponderarlos.

Si pudiera volar como ellos, me iría a planear sobre las miserias humanas. De arriba vería lo de abajo tan chiquito... Chiquiticos el presidente y sus ministros, chiquitico el papa. ¡Y tan pasajeros ellos! ¡Tan poquita cosa de uno en uno y todos juntos! Soy un gallinazo, un zopilote, un buitre, y paso sobre el palacio presidencial de Nariño de nuestra capital Bogotá en vuelo rasante. ¡Zuaaaaas! ¿Qué dejo al irme? Tan, tan, tan... Como mano que va diciendo así y así, o sea ni bueno ni malo, va cayendo sobre el tal palacio, en caída tornasolada, dando visos, una de mis plumas negras espléndidas.

«¡Abuelita, abuelita, Elenita, Elenita, ya llegamos, aquí estamos!» Niños bobos. ¡Como si no los estuvieran viendo! Claro que habían llegado, ahí estaban, desembarcando del Fordcito. Bajó papi, bajó Lía, bajé yo, bajamos todos. Lía con su bebé en los brazos: «Silvito se mareó —dijo no bien bajó, desembarzándose del bebé, que le entregó a Elenita en consignación, como si fuera un paquete—. Casi se nos mata en una curva».

No, Lía, por Dios, no enredés, estás equivocada, confundiendo como siempre tus hijos: Silvio no era el bebé que traías en brazos ni el que se mareó. El bebé era Mateo. El que se mareó era Manuel. Y el que se cayó en una curva era Álvaro. En cuanto a Silvio, sí se mató, pero añisimos después y no en accidente de carro sino de un tiro en la cabeza.

—¡Qué horror!

Horror que una matrona confundiera sus hijos cuando solo iba por los siete u ocho. Silvio simplemente se escapó de su manicomio por la puerta falsa. «Lía es loca» decía su mamá, mi abuela Raquel. «Sí, abuelita, tu hija es loca. ¿Y para qué la tuviste entonces? Decí, decí, a ver, a ver». No decía, no veía, no contestaba. No sabía qué contestar.

Abuelita y Elenita, en una curva se nos cayó Alvarito: se abrió la portezuela, se salió del carro y fue a dar a una cuneta como un costal de papas. «¡Papi, papi! —gritábamos

desesperados—. ¡Pará, pará, que se cayó Alvarito! ¡Se mató!» Papi paró, nos bajamos del carro y recogimos al niño caído. ¡Qué se iba a matar! Dos rasguños y ya. Le fue tan bien en su caída a Alvarito como a Silvio cuando la canastica en que lo dejamos de bebé (mientras desempacábamos del carro la comida y extendíamos en el prado los manteles) se fue rodando por la pendiente del altico en que lo instalamos a ver si no subían hasta allí las culebras a darle vuelta, y cayó al Tonusco, un arroyo bravo y malo que se lo fue llevando rumbo al Cauca, un río más bravo y más malo que él. «¡Corran, corran detrás del niño, que se nos fue!», gritábamos. Corrió Ovidio tras él y lo alcanzó en un recodo, lo sacó del arroyo y lo rebautizamos «Moisés», el salvado de las aguas. «Moisés —le decíamos después, cuando empezó a crecer—, andá y nos hacés jugo de naranja en la cocina». Lo enfurecía que lo llamáramos con el nombre bíblico. Partía en carrera loca al patio a darse de cabezazos iracundos contra las baldosas del piso. ¡Qué duras, por Dios, esas baldosas, yo también las probé! Rojas, las recuerdo muy bien, y hasta los mínimos detalles y los últimos rincones de esa casa de la calle del Perú del barrio de Boston donde nacimos todos. Ah no, digo mal, todos no: los primeros siete, los de la primera tanda, cinco niños y dos niñas, Gloria y Marta. Los de la segunda tanda, trece, todos hombres, nacieron en la casa del barrio de Laureles, que para mí no cuenta, no me interesa, no me importa, aquí la borro, bórrenla.

—¿Cuántos fueron pues ustedes en total?

—¿En total sacando cuentas? Veinte.

Veinte que van así: dieciocho varoncitos o *maschietti* como dicen los italianos, y dos *femminucce* o hembritas, que poníamos a boxear como Pambelé contra Frazer, la una de seis años y la otra de siete, hasta que se sacaban sangre. Les envolvíamos los puños en toallas amarradas con cabuya, o sea cuerdas, las azuzábamos, y las dos hembritas se volvían dos gallitos. «¡Dale, dale, Pambelé, tumbate al grin-

go!» Colombia era entonces un país despoblado, con menos habitantes que París. ¿Se imaginan un país de un millón de kilómetros cuadrados con menos habitantes que una mísera ciudad francesa? ¡Qué vergüenza!

Vuelvo a los cabezazos de Moisés para contar, por asociación de ideas y rabetas, que a mi abuelo, que se llamaba Leonidas y que también de niño se daba de cabezazos contra el piso (de ladrillo, pues en sus tiempos no había baldosas), le decíamos «Leoniditas». «¡No me le saquen punta a mi nombre!», gritaba enfurecido, pataleaba y le salía babaza por las fauces. ¡Como si un nombre fuera un lápiz al que uno le saca punta con un sacapuntas! «Bueno, Federico, no te enverraqués, no te vamos a volver a decir Leoniditas», contestábamos, y peor. ¡Qué iracundia porque le dijeran Federico! Se desmelenaba, ¡y era calvo!

—¿Y quién era Federico?

—¡Sabrá Dios! Sería uno que no le pagó unos marranos. «A esconderse, niños —nos decíamos—, que ahí viene Fedde».

Venía con un zurriago mojado. A Martica un día en que estaba doña Josefina la de enfrente en Santa Anita de visita, la agarró y la levantó por los pies porque le tiró a Gloria delante de la señora una muñeca de trapo rellena de aserrín, que se despanzurró regándolo todo por el piso de tabla de la sala. La finca de doña Josefina, la de los Mejías, quedaba enfrente de Santa Anita, cruzando la carretera. ¡Eh ave María, qué locos los Mejías, veinte o treinta locos!

—Entonces ustedes no estaban muy bien de la cabeza en su tierra...

—No, sí estábamos, pero había excepciones.

Continúo con la historia. Agarró el abuelo a Martica por los pies, la levantó en vilo raspándole de paso la cabeza contra el piso, y sacudiéndola de arriba abajo bocabajo como para que soltara monedas (que qué iba a tener la pobre) le iba diciendo: «¡Condenada, maldita!» Del susto Martica se orinó, y caían los orines sobre el aserrín del piso y

delante de la visita. ¡Qué vergüenza, por Dios! A las dos niñas nunca se les olvidó la lección. Ya de viejas lo contaban muertas de risa. Hoy el abuelo está en la gloria con sus nietas. O en los infiernos.

—También podrían estar en el purgatorio.

—No señor, el purgatorio ya lo suprimieron.

Todo lo cambian, lo modifican, lo dañan. Hoy la novela manda en el mundo y hace estragos. Lo bueno no hay que tocarlo, señores, hay que dejarlo como está. ¿Para qué me les quitaron, por ejemplo, el dial a los radios? Pues para hacerme más difícil encontrar las emisoras. Esta es la hora en que el hombre, que fue a la Luna, no ha podido inventar un inodoro que sirva: no caen los tapones de los tanques y se sigue chorreando el agua, despilfarrándose, ¡como si quedara tanta en el planeta! A ver si los de los telefonitos inteligentes son capaces de inventarse un inodoro decente. O eliminen de una vez por todas la digestión para que la cloaca Medellín vuelva a ser el río diáfano de antes. Que el hombre reprocese en la luz de sus oscuridades interiores los alimentos indefinidamente, una y otra vez sin desecharlos. ¡A ver si son tan verracos!

—¿Por «verraco» entiende usted el cerdo padre?

—No. Entendemos por «verraco» el muy capaz. Apréndase la palabrita porque la va a necesitar, allá es de uso obligado. Y ni se le ocurra salir a la calle armado de revólver que se lo roban. Saque lo menos que pueda: dos billetes grandes y dos chicos y ya. Y no farolee. Vuélvase el hombre invisible para que no lo vean. Si lo ven, le piden, le roban, lo atracan, lo matan.

—¿Entonces a qué voy? Me dijeron que allá había mujeres muy hermosas.

—Que las hay, las hay, pero tienen dueño. No son lotes baldíos. ¿De cuánto tiempo dispone?

—De tres días.

—¿Tres días? Calcule un año. O diez. Mujer bonita nunca anda sola, siempre va acompañada, porque si no, en la

primera esquina le echan mano. Vivimos en un mundo de competencia feroz, en guerra a muerte por un palmo de la calle, con todos los nichos ocupados.

A ocho kilómetros de Medellín, a mitad de camino entre Envigado y Sabaneta y a mano izquierda yendo (o derecha viniendo), entre naranjos, mangos y limoneros en un altico se alzaba Santa Anita: alegre, limpia, hermosa. Desde la carretera la veíamos y desde su corredor delantero nos veían: «¡Ahí vienen, ahí vienen!», decían el par de viejas aterradas. «Sí, ahí vamos, ¡y qué!» Abrimos la portada, tomamos la carreterita de subida, pasamos el carbonero y las dos palmas y llegamos. «¡Uf, qué viaje! Ocho kilómetros, como de aquí a la Luna. Muy tristes sin nosotros, ¿eh?, abuelita y Elenita, pobrecitas. ¿Cuándo es que va a venir el abuelo a acompañarlas? ¿En mayo, en junio, en julio, en agosto?»

El abuelo vivía en Barranca, abreviatura de Barrancabermeja, una ciudad inhóspita y calurosa a la orilla del Magdalena, el gran río que desembotelló a Colombia, cenagoso, pantanoso, con caimanes y doradas, que eran unos peces hembras del tamaño del tiburón y que tenían la mala costumbre (o buena para ellas) de llevarse a los pasajeros que les caían por borrachera o descuido, como maná llovido del cielo, de los barcos o de los planchones. Barcos de rueda, ¿eh?, a éstos me refiero. ¿Usted no los conoció? Se los perdió. ¿Y nunca ha visto un caimán? ¿En cine? En cine un caimán no es un caimán sino su representación engañosa. ¿O me va a decir que el David de Miguel Ángel es lo mismo en persona que en una foto? En foto no se siente la escultura, ni la arquitectura, ni la pintura, ni la gente. La fotografía es la pornografía del arte.

Una dorada se llevó una noche a Carlos, el marido de Toña, la hermana de mi abuela: se cayó de un planchón borracho y hasta el sol de hoy. Así Toña quedó viuda y se emparejó con Elenita, que años atrás había enviudado. Años después enviudó mi abuela y se emparejó con sus hermanas. Pero la muerte de mi abuelo, su marido, Leonidas,

Leoniditas, Federico, son palabras mayores. La dejo para después, a ver si no me vuelven las ganas de llorar como cuando me dieron la noticia, ¿hace cuánto?

Ahora estoy en Santa Anita respirando su aire fresco, divisando a pulmón lleno el panorama, el paisaje espléndido que se abre ante mis ojos infantiles, ávidos, desde el corredor delantero: plataneros hermosos, cañaduzales hermosos, cafetales hermosos, un valle hermoso, un río hermoso. Es el Medellín ni más ni menos, que viene de lejos y va para lejos. «¿Dónde nace el río Medellín, niños?» «En las montañas, maestra». «¿Dónde muere el río Medellín, niños?» En otro río, que muere en otro río, que muere en otro río, que va a morir en el mar, el de la Muerte grande que nos abarca a todos. Yo me muero, tú te mueres, él se muere, nosotros nos morimos, vosotros os morís, ellos se mueren. Así se conjuga en presente morir, de la tercera conjugación, la de los terminados en «ir» como vivir, reír, dormir... ¡Ah qué idioma hermoso! ¡Cuál hermoso! Si lo fue algún día, lo volvieron otra alcantarilla.

Desembarcados en Santa Anita empezábamos nuestra inspección minuciosa: «¿Dónde está esto? ¿Dónde está aquello? ¿Dónde está lo otro? ¡Carajo! ¿Dónde nos lo pusieron?» Como si los dueños fuéramos nosotros. «¿Dónde metieron la guadaña?», preguntábamos. «Se la llevó la Muerte», contestó un ánima desde un rincón. «¡Uy, qué miedo, corramos!» Santa Anita estaba infestada de ánimas que salían de noche, pero esta condenada nos salió de día. Mejor no volvamos a preguntar por guadañas, preguntemos por la medialuna, que sirve para tumbar las naranjas que estén muy altas: «Elenita, ¿dónde metiste la medialuna?» «¡Yo qué sé, yo no tengo qué ver con eso!» «¡Ay sí, yo qué sé! Nunca sabés nada. ¿Sí es verdad, Elenita, que a tu marido se lo llevó una dorada?» «No, niños, fue a Carlos, el marido de Toña, por borracho». Toña y Elenita no se querían desde hacía años, se pelearon. «¿Desde cuándo, abuelita?» «Desde antes de que nacieran ustedes». «Ah... ¿Y por

qué se pelearon?» «Ya no pregunten tanto niños, que estoy ocupada». «Decinos entonces cómo se llamaba el marido de Elenita». «Alfredito». «¿Alfredito? ¿Es que era muy chiquito?» «No. Por cariño». Le llevaba veinte o treinta años a Elenita, a la que trataba como una muñeca aséptica, por lo cual no tuvieron hijos, por lo cual cuando Alfredito se murió Elenita se quedó sola y se tuvo que ir a vivir con mi abuela, por lo cual lloraba y lloraba y lloraba. Ah, no, miento: lloraba porque su mamá, mi bisabuela, Raquel primera, no la dejó casarse con Roberto Campuzano, al que amaba, y terminó casándose con un viejo, lisiado de la Guerra de los Mil Días. «¿Y por qué no la dejó casarse con Roberto, abuelita?» «Porque Roberto tomaba mucho, niños». «Papi también toma, ¡y qué! ¿Y cuál era el apellido de Alfredito?» «¡Eh, ya no pregunten tanto que me van a enloquecer! Váyanse a jugar al platanar, pero cuidado con las culebras». ¡Ay, abuela, si vivieras, cuánto más tendría que preguntarte ahora sobre lo que no me contaste entonces! Para entenderme, para entender, aunque fuera a estas alturas, ya al final. Alfredito era abogado sin titular, rábula, y había perdido un brazo en la guerra. Alcancé a ver su foto en su tarjeta postal, que guardó Elenita junto con un extraño tenedor-cuchillo que usaba él para comer. Alfredo Escalante se llamaba. De él hoy solo quedan, cada día más borrosos en mi recuerdo entristecido, ese documento de identidad discontinuado con su foto y ese tenedor-cuchillo. No era nada conmigo, nuestro parentesco era mínimo, no nos conocimos pues él murió antes de que yo naciera, pero lo sigo queriendo, sin que sepa por qué.

¡Ah, antes de que se me olvide, que hoy amanecí desmemoriado! El cóndor. ¡El cóndor, por Dios, el cóndor! El que se iba a llevar a mi concuñada Ñata de niña en pleno parque de Envigado. En el atrio de la iglesia, y ante la multitud de los domingos, bajó de lo más alto como un rayo, la tomó del cuello con las garras, y aleteando con sus alas enormes desplegadas, que levantaron una polvareda, alzó